
JESÚS POSPASCUAL Y PRIMERA REINTERPRETACIÓN

Los evangelios no son (no pretenden ser) libros históricos. O sea, no se refieren al Jesús histórico sino a lo que los estudiosos llaman el *Jesús pospascual*, un Jesús reinterpretado por sus discípulos a partir de los acontecimientos de su crucifixión, su muerte y su supuesta resurrección. Son obras doctrinarias, cuyo objeto es llamar a la conversión, no presentar una historia fidedigna de la vida de Jesús.

LA RESURRECCIÓN DE JESÚS

«El hecho de la resurrección, un acontecimiento de un carácter tan marcadamente sobrenatural y tan por encima de las leyes de la naturaleza, no pertenece al ámbito de la historia, sino al de la fe. El historiador no puede ni afirmarlo ni negarlo. Sin embargo, sí puede poner de relieve que los textos del Nuevo Testamento que dan cuenta de este acontecimiento tan profundamente importante en la fe cristiana (sin la creencia en la resurrección de Jesús es imposible explicar el nacimiento del cristianismo) están llenos de ambigüedades e inconsistencias.

De hecho, por muchas vueltas que se les dé es imposible evitar la conclusión de que cuando se analizan críticamente las historias de Pascua en la sucesión histórica en la que fueron compuestas (Pablo-Mc-Mt-Lc-Jn) es imposible obtener de ellas un relato coherente.

Pablo, por su propia cuenta y bastante antes de que apareciera en público el primer Evangelio, ofrece una lista de apariciones en 1 Cor 15, pero sin detalles del cómo y del dónde, por lo que no se pueden reforzar con el testimonio de los Evangelios; la aparición a Santiago, el hermano de Jesús, no es mencionada en los relatos canónicos, sí en uno apócrifo (el Evangelio de los hebreos); tampoco la manifestación a los «quinientos hermanos»; el orden de apariciones tal como las menciona el Apóstol no es encajable dentro del esquema de los Evangelios; Pablo hace hincapié en que el Jesús resucitado sólo es visible –salvo en su propio caso– a los que tienen fe en él.

Es curioso que el Apóstol no mencione la tradición de la tumba vacía, que debió de ser muy importante para el grupo de los primeros seguidores. En Marcos el motivo de las mujeres visitando la tumba para ungir el cadáver de Jesús al tercer día es bastante inexplicable teniendo en cuenta el horror de los judíos por los cadáveres y la impureza que eso suponía. Jesús, además, en la unción en Betania indica que ese acto tiene como fin ungir su cuerpo para el funeral, con lo que otra unción es innecesaria. Mateo no menciona el propósito

de la unción, y Juan evita toda dificultad afirmando que José y Nicodemo habían ungido ya el cadáver de Jesús (Jn 19:39).

Mateo señala que la tumba se abrió sola ante las mujeres (y ya no son tres, sino dos) mientras que Lc y Jn indican que ya estaba abierta (Mt 28,2; Lc 24,2; Jn 20,1). La misión angélica en la tumba no se halla tampoco clara. Mientras que en Mateo un único ángel transmite un mensaje (28,6, luego repetido por Jesús en v. 10, lo que hace inútil la tarea angélica), en Juan son dos espíritus los que se muestran a las mujeres y simplemente tienen la función de meros guardianes de la tumba.

En 24,22s Lucas contradice a Mateo y a Juan, negando que las mujeres hayan visto a Jesús en las cercanías de la tumba. La contradicción más importante es que para el tercer evangelista no hubo apariciones en Galilea (contra Marcos que las sitúa todas allí), sino sólo en Jerusalén.

Mientras que para los creyentes estas contradicciones son debidas a tradiciones diferentes, conservadas por grupos diversos de cristianos, para los escépticos es una prueba de la inconsistencia de la tradición en un punto importantísimo y crucial para la fe. Mientras que los creyentes ven en las diferencias –mejor que en una uniformidad artificialmente elaborada– una prueba de la antigüedad y de la veracidad histórica de las tradiciones, consideradas desde distintos puntos de vista, los críticos estiman que esta inconsistencia hace imposible considerar como algo fundamentalmente histórico el hecho de la resurrección.» [Piñero: *Guía para entender el Nuevo Testamento*, p. 222 ss.]

RESURRECCIÓN Y ASCENSIÓN

Los cuatro evangelios relatan que Jesús resucitó de entre los muertos al tercer día después de su muerte y se apareció a sus discípulos en varias ocasiones. En todos ellos, la primera en descubrir la resurrección de Jesús es María Magdalena. Dos de los evangelios (Marcos y Lucas) relatan también su ascensión a los cielos. Los relatos sobre Jesús resucitado varían, sin embargo, según los evangelios:

En el Evangelio de Mateo, María Magdalena y «la otra María» fueron al sepulcro en la mañana del domingo. Sobrevino un terremoto, y un ángel vestido de blanco removió la piedra del sepulcro y se sentó sobre ella. Los guardias, que presenciaron la escena, temblaron de miedo y «se quedaron como muertos» (Mt 28,1-4). El ángel anunció a las mujeres la resurrección de Jesús, y les encargó que dijeran a los discípulos que fueran a Galilea, donde podrían verle. Al regresar, el propio Jesús les salió al encuentro, y les repitió que dijeran a los discípulos que fueran a Galilea (Mt 28,5-10). Entre tanto, los guardias avisaron a los príncipes de los sacerdotes de lo ocurrido. Estos les sobornaron para que divulgaran la idea de que los discípulos de Jesús habían robado su cuerpo (Mt 28, 11-15). Los once apóstoles fueron a Galilea, y Jesús les hizo el encargo de predicar el evangelio (Mt 28,16-20).

En el Evangelio de Marcos, tres seguidoras de Jesús, María Magdalena, María la de Santiago y Salomé, fueron al sepulcro el domingo, muy de mañana, con la intención de ungir a Jesús con perfumes (Mc 16,1-2). Vieron que la piedra

que cubría el sepulcro estaba removida. Dentro del sepulcro, descubrieron a un joven vestido con una túnica blanca, quien les anunció que Jesús había resucitado, y les ordenó que dijese a los discípulos y a Pedro que fuesen a Galilea para allí ver a Jesús. Se indica que María y sus compañeras no dijeron nada a nadie, pues tenían miedo (Mc 16,3-8). A continuación, se dice que Jesús se apareció a María Magdalena (sin mencionar a las otras mujeres), y que esta dio al resto de los seguidores de Jesús la buena noticia, pero no fue creída (Mc 16,9-11). Jesús volvió a aparecerse, esta vez a dos que iban de camino: cuando estos discípulos contaron lo ocurrido, tampoco se les creyó (Mc 16,12-13). Finalmente, se apareció a los once apóstoles, a los que reprendió por no haber creído en su resurrección. Les encomendó predicar el evangelio, y subió a los cielos, donde está sentado a la derecha de Dios (Mc 16,14-20).

Existe consenso entre la mayoría de los filólogos bíblicos en cuanto a que los últimos doce versículos del evangelio, a partir de la aparición de Jesús a María Magdalena (Mc 16,1-9) son el resultado de una interpolación posterior. Se desconoce si el Evangelio de Marcos concluía en Mc 16,1-8 o si el final original se ha perdido.

En el Evangelio de Lucas, algunas mujeres, María Magdalena, Juana y María de Santiago, y otras cuyos nombres no se mencionan, acudieron al sepulcro para ungir a Jesús con perfumes. Encontraron removida la piedra del sepulcro, entraron en él y no encontraron el cuerpo (Lc 24,1-3). Entonces se les aparecieron dos hombres con vestiduras deslumbrantes, quienes les anunciaron la resurrección de Jesús (Lc 24,4-7). Las mujeres anunciaron la resurrección a los apóstoles, pero estos no las creyeron (Lc 24,8-11), excepto Pedro, que fue al sepulcro y comprobó que el cuerpo había desaparecido (Lc 24,12). Ese mismo día, Jesús se apareció a dos discípulos que caminaban de Jerusalén a Emaús, que lo reconocieron en el momento de la fracción del pan (Lc 24,13-35). Poco después se presentó ante los once, que creyeron que se trataba de un espíritu, pero les demostró que era él en carne y huesos, y comió en su presencia (Lc 24,36-43). Les explicó el sentido de su muerte y resurrección (Lc 24,44-49), y, más tarde, los llevó cerca de Betania, donde ascendió al cielo (Lc 24,50-53).

En el Evangelio de Juan, María Magdalena fue al sepulcro muy de madrugada y descubrió que la piedra había sido removida. Corrió en busca de Pedro y del «discípulo a quien Jesús amaba» para avisarles (Jn 20,1-2). Los dos corrieron hacia el sepulcro. El discípulo amado llegó primero, pero no entró en el sepulcro. Pedro entró primero y vio las fajas y el sudario, pero no el cuerpo. El otro discípulo entró después, «y vio y creyó» (Jn 20,3-10). Magdalena se quedó fuera, y se le aparecieron dos ángeles vestidos de blanco. Le preguntaron: «¿Por qué lloras, mujer?», y ella contestó: «Porque han tomado a mi Señor y no sé dónde lo han puesto». Se volvió hacia atrás, y vio a Jesús resucitado, quien le preguntó a su vez por qué lloraba. Magdalena le confundió con el hortelano, y le preguntó dónde había puesto a Jesús. Jesús la llamó: «¡María!», y ella lo reconoció, respondiendo: «¡Rabbuní!». Jesús le pidió que no lo tocara, ya que aún no había subido al Padre, y pidió que avisara a sus

hermanos de que iba a subir al Padre. Magdalena fue a anunciar lo ocurrido a los discípulos (Jn 20:11-18). Ese mismo día, por la tarde, Jesús se apareció al lugar en que los discípulos se encontraban ocultos por temor de los judíos. Les saludó diciendo «La paz sea con vosotros», les mostró la mano y el costado, y, soplando, les envió el Espíritu Santo. Uno de los once, Tomás, no estaba con el resto cuando tuvo lugar la aparición de Jesús, y no creyó que el aparecido fuera realmente Jesús (Jn 20,19-25). Ocho días después, Jesús volvió a aparecerse a todos los discípulos, incluido Tomás. Para vencer su incredulidad, Jesús le dijo que tocara su mano y su costado. Tomás creyó en él (Jn 20,26-29). Más adelante, Jesús volvió a aparecerse a siete de sus discípulos cuando estaban pescando junto al mar de Tiberiades. No habían pescado nada; les pidió que volvieran a echar la red y la sacaron llena de peces. Entonces lo reconocieron, y comieron con él panes y peces (Jn 21,1-14). Tras esto, se relata una conversación entre Jesús y Pedro, en la que interviene también el «discípulo amado» (Jn 21,15-23).

JESÚS POSPASCUAL

«A pesar de su muerte desastrosa en cruz, muchos de sus discípulos se reunieron en Jerusalén después de su muerte –¡en la boca del lobo!- y decidieron seguir cultivando su recuerdo y seguir su obra. Tenían un poderoso motivo para sentirse unidos una vez superado el período de dudas: ¡Jesús estaba vivo! ¡Había resucitado! ¡Jesús vivía entre ellos! ¡Dios lo había vindicado!

Pero era necesario explicarse por qué habían ocurrido cosas en apariencia tan terribles. Había que replantearse la vida sin el Maestro, o mejor con su sola presencia espiritual. Había que fundamentar de inmediato por qué ellos, sus antiguos seguidores, se reunían en torno a la figura de alguien al que la gente de fuera creía un vil ajusticiado por el poder de Roma.

Una vez que esta creencia en la resurrección del Maestro Jesús se hizo sólida y fuerte, sus seguidores comenzaron a intentar aclararse a ellos mismos y a los demás por qué había ocurrido todo lo que había pasado. Para explicarlo no tenían otro medio que ir a las Escrituras sagradas, lo que hoy llamamos el Antiguo Testamento, Escrituras aceptadas por todos, y buscar en ellas si Dios podía revelarles con su lectura alguna razón de tanta aparente sinrazón.

Así fue cómo empezaron los primeros discípulos de Jesús el mesías a hurgar en los textos de la Ley, los Profetas y los Salmos para encontrar algo que explicara la vida, muerte y resurrección de aquél, con la idea de que si Jesús era el mesías habría pasajes en la Escritura sagrada sobre él, pues en ella había anuncios sobre el enviado de Dios, el que “iba a venir”.

Quedaba, pues, claro: ¿qué otra manera mejor que volver los ojos hacia las Escrituras para intentar encontrar en ella alguna luz que explicara lo acaecido?

La primera tarea de la reflexión del grupo fue dar una aclaración plausible al escándalo de la horrorosa muerte en cruz de Jesús; es decir, las primeras indagaciones teológicas del grupo tuvieron como fin explicar este tremendo fracaso... La única aclaración debía estar en los planes de Dios, ignorados

hasta el momento, pero éstos tenían que poder vislumbrarse en su Palabra. Insisto en que por ello tornaron sus ojos a los libros sagrados como lo había hecho Jesús tantas veces. La escena –ideal y programática– que pinta Lucas en el cap. 24 explica claramente este proceso:

Dos de (los discípulos de Jesús) iban a una aldea que dista de Jerusalén sesenta estadios, llamada Emaús, y hablaban entre sí de todos estos acontecimientos. Mientras iban hablando, el mismo Jesús se les acercó e iba con ellos. Pero sus ojos no podían reconocerlo. Y les dijo: "¿Qué discursos son estos que vais haciendo entre vosotros? Le contestaron: ¿Eres tú el único forastero en Jerusalén que no conoce los sucesos en ella ocurridos estos días?". Él les dijo: "¿Cuáles?". Contestáronle: "Lo de Jesús Nazareno, varón profeta, poderoso en obras y palabras ante Dios y ante todo el pueblo; cómo lo entregaron los príncipes de los sacerdotes y nuestros magistrados para que fuese condenado a muerte (por los romanos) y crucificado. Nosotros esperábamos que sería él quien rescataría a Israel; mas con todo van ya tres días desde que esto ha sucedido. Nos dejaron estupefactos ciertas mujeres de las nuestras que yendo de madrugada al monumento no encontraron su cuerpo y vinieron diciendo que habían tenido una visión de ángeles que les dijeron que Jesús vivía..." Y les dijo: "¡Oh hombres sin inteligencia y tardos de corazón para entender todo lo que vaticinaron los profetas! ¿No era preciso que el mesías padeciese esto y entrar en su gloria?". Y comenzando por Moisés y por todos los profetas les fue declarando cuanto a él se refería en todas las Escrituras.

Lo que Lucas pretende decir en este texto absolutamente revelador es que los seguidores de Jesús vieron que la solución al misterio de la muerte ignominiosa en la cruz estaba en verdad en la Biblia..., aunque sólo si se leían de nuevo rectamente sus textos gracias a la inspiración del Espíritu del Jesús viviente.

De este modo todo lo que en concreto –en este caso– se transmita sobre la pasión de Jesús se hará desde ese punto de vista que es absolutamente el de la fe pos pascual. [..]

Creo que hay, por lo menos, otros dos pasajes ilustrativos en el Nuevo Testamento que nos indican cómo la fe pospascual fue la que gobernó desde muy pronto –si es que se debe admitir que hubo un momento en los inicios en que pudo no ser así, pero fue muy breve– el recuerdo de los hechos y dichos de Jesús. Parece además natural que fuera así, puesto que al principio los fieles a Jesús estaban convencidos de que su venida definitiva a cumplir totalmente con la misión de mesías que le había atribuido el Padre, sería inmediata.

Para mí el mayor argumento de que esto pudo ser así es la venta masiva de bienes (véase en especial el capítulo 5 de los Hechos de los apóstoles) de los miembros de la comunidad y su dedicación plena a la oración y la espera, sin trabajar. Pienso que albergaban la esperanza de que con el dinero conseguido tendrían bastante para vivir hasta que llegara Jesús definitivamente.» [Blog de

Antonio Piñero: "Verdades elementales acerca de la investigación sobre Jesús de Nazaret" – El blog de Antonio Piñero, 11.11.2009]

JESÚS RESUCITADO – TESTIGOS DE LA RESURRECCIÓN

La resurrección de Jesús es el hecho religioso cristiano según el cual, después de haber sido condenado a muerte, Jesús fue resucitado de entre los muertos. Es el principio central de la teología cristiana y forma parte del Credo de Nicea: «Al tercer día resucitó, conforme a las Escrituras».

Según el Nuevo Testamento, después de que los romanos crucificaron a Jesús, él fue ungido y enterrado en una tumba nueva por José de Arimatea, pero Dios lo resucitó de entre los muertos y se apareció a muchas personas en un lapso de cuarenta días antes de ascender al cielo, para sentarse a la diestra de Dios.

Los cuatro evangelios concluyen con una narrativa extensa del arresto de Jesús, su juicio, su crucifixión, su sepultura y su resurrección. En cada uno de estos cinco eventos evangélicos en la vida de Jesús son tratados con más intensos detalles que cualquier otra parte de la narrativa de Evangelio. Los estudiosos señalan que el lector recibe prácticamente un relato de hora a hora de lo que está sucediendo. La muerte y la resurrección de Jesús pasan a considerarse como el clímax de la historia, el punto en el cual todo se ha ido dirigiendo durante todo el tiempo.

El Nuevo Testamento no incluye un relato del «momento de la resurrección». Los principales apariciones de Jesús resucitado en los evangelios canónicos (y, en menor medida, en otros libros del Nuevo Testamento) son reportadas como ocurridas después de su muerte, sepultura y resurrección, pero antes de su ascensión.

Ningún Evangelio da un relato inclusivo o definitivo de la resurrección de Jesús o sus apariciones, pero hay cuatro puntos en los que convergen los cuatro evangelios:

Resaltar el removimiento de la piedra que estaba cerrando la tumba.

La vinculación de la tradición de la tumba vacía y la visita de las mujeres con «el primer día de la semana».

Que el resucitado Jesús eligió primero aparecerse a las mujeres (o a una mujer) y encargarle a ellas (ella) proclamar este hecho tan importante a los discípulos, incluyendo a Pedro y los otros apóstoles.

La prominencia de María Magdalena.

Las variantes tienen que ver con el momento preciso en el que las mujeres visitaron la tumba; el número y la identidad de las mujeres; el propósito de su visita; la aparición del (los) mensajero(s), ángeles o humanos; su mensaje a las mujeres; y la respuesta de las mujeres.

Los cuatro evangelios refieren que las mujeres fueron las primeras en encontrar la tumba vacía de Jesús, aunque el número varía de uno (María Magdalena) a un número no especificado. De acuerdo con Marcos y Lucas, el

anuncio de la resurrección de Jesús fue hecho por primera vez a las mujeres. De acuerdo con Marcos y Juan, Jesús realmente se apareció por primera vez (en Marcos 16:9 y Juan 20,14) solo a María Magdalena.

En los evangelios, especialmente los sinópticos, las mujeres desempeñan un papel central como testigos de la muerte de Jesús, su sepultura, y en el descubrimiento de la tumba vacía. Los tres sinópticos en repetidas ocasiones hablan de las mujeres junto con el verbo «ver», presentándolas claramente como testigos oculares.

En palabras de Stagg: «Mientras que otros encontraban a la mujer como no cualificada o autorizado para enseñar, los cuatro Evangelios muestran que el Cristo resucitado encargó a las mujeres anunciar a los hombres, entre ellos a Pedro y los demás apóstoles, la resurrección, el fundamento del cristianismo».

«En el contexto de la antigua concepción judaica sobre las mujeres estas eran consideradas incapaces de dar testimonio creíble o válido». [Sabugal, S.: "La tradición histórica del sepulcro vacío" (Mc 16,1-8 par; Lc 24,12; Jn 20,1-10)", en *Estudio Agustiniano*, 18 (417-499)]

Sobre las apariciones de Jesús tras la crucifixión siempre me ha chocado que, si se trataba de una invención por parte de unos discípulos derrotados por la muerte de su líder, no recurriesen a imágenes celestiales, con ángeles, truenos y relámpagos al hablar de la aparición de Jesús. Sin embargo, dicen que en un principio no lo reconocen, sólo al repartir el pan se les abren los ojos. Todo un poco rebuscado y difícil de explicarlo después al transmitir el mensaje. Mi pregunta es ¿No hubiera sido más fácil al "inventarse" la resurrección llenarlo todo de pompa y majestuosidad que la versión oficial?

«Efectivamente, es sorprendente la parquedad y simplicidad de presentación de tales apariciones. Y ese ha sido un argumento archirrepetido por la investigación tradicional en pro de la historicidad. Y la crítica más radical, entre los que cuento, responde que, aun siendo así, las historias de la resurrección y las apariciones están, en primer lugar, tan trufadas de contradicciones e inverosimilitudes que no pueden aceptarse desde el punto de vista de lo literario-histórico, y segundo, que la resurrección y las apariciones no son materia de la historia, sino de la fe. No nos competen, pues». [Antonio Piñero]

LA RESURRECCIÓN COMO ACONTECIMIENTO HISTÓRICO

«Tanto la "resurrección" como las llamadas "apariciones" no pertenecen al ámbito de la historia. Pretenden ser el emblema de una religión que es ofertada al mundo pagano, y por tanto tiene esas connotaciones, diríamos que mágicas. Todo eso pertenece al ámbito de la fe. Es pura teología». [Antonio Piñero]

Para el teólogo E. P. Sanders un complot concertado para fomentar la creencia en la resurrección probablemente habría dado lugar a una historia más coherente. Además hay que tener en cuenta que algunos de los que "vivieron" el acontecimiento dieron luego sus vidas por sus creencias.

Según Sanders «parece haber sido una competición: <Yo lo vi>, <yo también>, <las mujeres lo vieron primero>, <no, yo lo hice; ellos no lo vieron en absoluto>, y así sucesivamente. Que los seguidores de Jesús (y más tarde Pablo) tuvieron experiencias de resurrección es, a mi juicio, un hecho. Lo que en realidad dio origen a las experiencias es algo que desconozco».

Como escribe James D. G. Dunn, mientras que la experiencia de la resurrección del apóstol Pablo era «de carácter visionario y ni material ni físico, el realismo masivo de las apariciones que relatan los Evangelios es difícil de calificarlas como visiones». La primera concepción de la resurrección en la comunidad cristiana de Jerusalén era física.

Según Thomas Sheehan (*The First Coming: How the Kingdom of God Became Christianity* – La Primera Venida: Cómo el Reino de Dios se convirtió en el cristianismo) incluso el relato de Pablo de la resurrección no está destinado a ser tomado como una referencia a un levantamiento físico de la tumba físico, y que las historias de una resurrección corporal no aparecieron hasta la mitad de un siglo después de la crucifixión. Sheehan cree que el entendimiento de Pablo (y tal vez Pedro) de la resurrección era metafísico, así como las historias de la figurativa resurrección de Cristo, reflejando su triunfante «entrada a la presencia escatológica de Dios», y que la referencia de Pablo a Cristo resucitando «al tercer día» (1 Corintios 15:4) «no es una designación cronológica, sino un símbolo apocalíptico para el escatológico acto salvífico de Dios, que estrictamente hablando no tiene fecha en la historia.

Robert Greg Cavin afirma que: «nuestras únicas fuentes de las posibles pruebas, las tradiciones de Pascua neotestamentarias, están muy lejos de proporcionar el tipo de información necesaria para establecer la hipótesis de la resurrección».

Gary Habermas señala tres hechos que explicarían la creencia de Pablo en una resurrección corporal y física: (1) Pablo era un fariseo y por lo tanto (a diferencia de los saduceos) creía en una resurrección física, (2) en Filipenses 3,11, Pablo dice: «si en alguna manera llegase a la exanastasin (resurrección) de entre los muertos», que según Habermas significa que «lo que va hacia abajo es lo que viene». Y (3) en Filipenses 3,20-21, «esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo; el cual transformará el sōma (cuerpo) de la humillación nuestra, para que sea semejante al sōmati (cuerpo) de la gloria suya». Según Habermas, si Pablo quería decir que íbamos a cambiar en un cuerpo espiritual, entonces habría utilizado el griego pneuma en lugar de sōma.

Pablo de Tarso escribe: «Porque primeramente os he enseñado lo que asimismo recibí: Que Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras; y que fue sepultado, y que resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras» (1 Corintios 15,3-4). Y afirma que tal creencia, tanto en la muerte y la resurrección de Cristo, es de vital importancia para la fe cristiana: «Y si Cristo no resucitó, vana es entonces nuestra predicación, vana es también vuestra fe [...] y si Cristo no resucitó, vuestra fe es vana; aún estáis en vuestros pecados. Entonces también los que durmieron en Cristo perecieron.

Si en esta vida solamente esperamos en Cristo, somos los más dignos de conmiseración de todos los hombres» (1 Corintios 15,14, 17-19).

Para los cristianos la resurrección de Jesús es parte del plan de la salvación y de la redención mediante la expiación del pecado de los hombres. La creencia en una resurrección corporal de los muertos se estableció dentro de algunos sectores de la sociedad judía en los siglos previos a la época de Cristo, según lo registrado por Daniel 12:2, de mediados del siglo II a. C.: «Y muchos de los que duermen en el polvo de la tierra serán despertados, unos para vida eterna, y otros para vergüenza y confusión perpetua». Josefo, en el siglo I, da la siguiente información: «Los fariseos creen en la resurrección de los muertos, y los saduceos no». Los saduceos, líderes religiosos políticamente poderosos, rechazaban la otra vida, los ángeles y los demonios, así como ley oral de los fariseos. Los fariseos, cuyos ideas se convirtieron en el judaísmo rabínico, sobrevivieron a este debate. La promesa de una futura resurrección aparece en la Torá, así como en ciertas obras judías, como La vida de Adán y Eva (c. 100 a. C.) y en el libro farisaico de 2 Macabeos (c. 124 a. C.).

Sin embargo, el judaísmo del siglo I no tenía la concepción de un solo individuo resucitado de entre los muertos como núcleo de la historia. El concepto judío de la resurrección era el de la redención de todo el pueblo. Su concepción fue siempre que todos serían resucitados juntos al final de los tiempos. Así que la idea de una resurrección individual como centro de la historia les era ajena.

RECUERDO Y REINTERPRETACIÓN DE JESÚS

«La investigación histórica sobre Jesús tendría que terminar con el estudio de su sepultura. Los acontecimientos pascuales, tan especiales literariamente, en realidad no pertenecen ya a la historia de Jesús, sino a la del grupo de sus discípulos.

¿Cómo se explica un fenómeno histórico tan sin parangón de que la memoria de este crucificado haya dado pie a un movimiento histórico que llega hasta nuestros días? Quiero apuntar dos elementos fundamentales en aquel grupo de judíos.

En primer lugar, la reflexión sobre las Escrituras, que son releídas y reinterpretadas a la luz de la historia vivida con Jesús de Nazaret.

En segundo lugar, aquellos seguidores de Jesús continúan reuniéndose para compartir la mesa en su nombre. Y es que compartir la mesa había sido el gran gesto de la vida de Jesús. Había compartido la mesa con todo tipo de gente, con los fariseos, con los publicanos y pecadores, con el pueblo, con sus discípulos. En el contexto de la mesa compartida había pronunciado muchas de sus enseñanzas más importantes. Probablemente en una última cena con sus discípulos, poco antes de ser entregado por uno de los suyos, realizó una acción simbólica con el pan y con el vino que se les quedó profundamente grabada a los discípulos.

En el mundo mediterráneo incluyendo, por supuesto, a los judíos la comida en común era el centro de la vida de diversos grupos religiosos. Para los

discípulos de Jesús la mesa compartida era el lugar por antonomasia donde recordar lo que habían vivido con su maestro. No es ninguna casualidad que los relatos pascales se encuentren, con mucha frecuencia, en el contexto de una comida (Lc 24,30-31; 24,42-43, Hch 1,4; Jn 21,12-13; Mc 16,14). Compartiendo la mesa en su nombre, probablemente recordando sus palabras y releendo las Escrituras, tuvieron las grandes experiencias de que Jesús vivía, que no había sido derrotado por la muerte, y de que debían ellos continuar absolutamente su proyecto.

Pero ahora anunciar y esperar el Reino de Dios implicaba anunciar a la persona de Jesús y esperar su vuelta gloriosa. La muerte de Jesús desencadenó en sus discípulos una tensión escatológica y una fe que se expresaba en categorías apocalípticas». [Aguirre, Rafael: "Aproximación actual al Jesús de la Historia". Deusto: Universidad de Deusto, *Cuadernos de Teología Deusto*, nº 5, 1996]

«Cuando Pablo de Tarso escribió (o dictó) la carta conocida como 1 Tesalonicenses nos brindó uno de los pasajes más estimulantes para la reflexión de quien se interesa por las religiones del Mediterráneo en la Antigüedad. Se trata del siguiente fragmento:

"Pues si confiamos en que Jesús murió y se levantó, así también Dios, mediando Jesús, llevará con él a quienes están dormidos. Pues os lo decimos con la palabra del señor, porque nosotros, los vivos que quedamos hasta la vuelta del señor, no adelantaremos a los ya muertos; porque el mismo señor bajará del cielo con clamor, con la voz de un arcángel y la trompeta de la divinidad. A continuación nosotros, los vivos, los que quedemos, seremos arrebatados juntamente con ellos entre las nubes hasta el encuentro del señor en el aire; y así estaremos siempre con él.» (1Tes 4, 14-17)

Suele destacarse de él la inmediatez que el de Tarso veía en el proceso final, pues afirmaba que sus seguidores tesalonicenses y él mismo verían realmente los acontecimientos. Y el caso es que la suma importancia de esta premura oculta otro aspecto al menos tan básico, tan situado en la base del cristianismo.

La palabra "resurrección" es un término latino que debe su forma a una serie de derivaciones. Aunque parezca mentira, la raíz de la palabra, tiene que ver con "dirección", "derecho", "regir", "regla"/"reja", "rectitud", y también "erigir", "erección", "rígido", "rigor", "rey", "real", "regalo", etc. El significado de *reg-, la raíz, de origen indoeuropeo, es "mover en línea recta, conducir"

A esta raíz se unieron un sufijo y dos prefijos. El sufijo fue -tio, que en español acabó en -ción, que indica una acción, un acto. El primero de los prefijos era sub-, que indica, por supuesto, algo desde abajo. Así, sub-rec-tio sería que algo acaba recto tras un movimiento de abajo hacia arriba. La idea dio un verbo latino, surgere, del que proviene nuestro "surgir". Cuando la situación política se complica nosotros usamos dos términos que provienen de aquí: desde dentro surge un movimiento político "insurgente", que acaba en una "insurrección" llevada a cabo por "insurrectos".

El segundo sufijo, unido a este sub-rec-tio fue re-, que en latín indicaba que algo se hace de nuevo. Así pues, resurrectio significaría algo así como "volver a ponerse derecho desde abajo", o, más estilosamente, "volver a ponerse en pie".

Este término sólo fue una traducción de la palabra correspondiente griega anástasis (ἀνάστασις), de la que deriva el nombre Anastasia, Anastasio. Se basa en la raíz indoeuropea *sta-, que indica "estar en pie" y aparece en "estar", y también en el alemán "stehen" o el inglés "stand". El prefijo griego ana- puede indicar dos cosas, que vienen bien en este caso: "hacia arriba" y "repetición". El sufijo de sustantivación -sis indica que una acción se lleva a cabo. Así pues, anástasis significaría "volver a ponerse en pie".

Este detalle etimológico quiere únicamente indicar algo: el vocabulario cristiano ha vivido ya tantos siglos que su significado suele presentarse muy alejado de su origen. La resurrección sería, por tanto, simplemente el hecho de volver a levantarse. Aunque lo que importa es, por supuesto, de qué, por qué o de dónde.

Las respuestas son muy fáciles si seguimos leyendo a Pablo de Tarso: del sueño, pues los muertos de sus cartas solían estar descritos con la palabra correspondiente a "dormidos".» [Blog de Antonio Piñero, (076), 01.05.2022]

IDIOS LO HA RESUCITADO!

«Lo que más les escandaliza a los seguidores de Jesús es su ejecución tan brutal e injusta. ¿Dónde está Dios? ¿No va a reaccionar ante lo que han hecho con él? ¿No es el defensor de las víctimas inocentes? ¿Se ha equivocado Jesús al proclamar su justicia a favor de los crucificados?

Nunca podremos precisar el impacto de la ejecución de Jesús sobre sus seguidores. Solo sabemos que los discípulos huyeron a Galilea. Sin embargo, al poco tiempo sucede algo difícil de explicar. Estos hombres vuelven de nuevo a Jerusalén y se reúnen en nombre de Jesús, proclamando a todos que el profeta ajusticiado días antes por las autoridades del templo y los representantes del Imperio está vivo.

¿Qué ha ocurrido para que abandonen la seguridad de Galilea y se presenten de nuevo en Jerusalén, un lugar realmente peligroso donde pronto serán detenidos y perseguidos por los dirigentes religiosos? ¿Por qué hablan ahora con tanta audacia y convicción?

Ellos solo dan una respuesta: «Jesús está vivo. Dios lo ha resucitado». Su convicción es unánime e indestructible. La podemos verificar, pues aparece en todas las tradiciones y escritos que han llegado hasta nosotros. De diversas maneras y con lenguajes diferentes, todos confiesan lo mismo: «La muerte no ha podido con Jesús; el crucificado está vivo. Dios lo ha resucitado».

La idea de resurrección la expresan con dos términos: «despertar» y «levantar». Dios «ha despertado» a Jesús, el crucificado, lo ha puesto de pie y lo «ha levantado» a la vida. Ya no se habla de la intervención de Dios. La

atención se desplaza ahora a Jesús. Es él quien se ha despertado y se ha levantado de la muerte.

En todas estas fórmulas, los cristianos hablan de la «resurrección» de Jesús. Pero, por esa misma época, encontramos también cantos e himnos litúrgicos en los que se aclama a Dios porque ha exaltado y glorificado a Jesús como Señor después de su muerte. Aquí no se habla de «resurrección». En estos himnos, nacidos del primer entusiasmo de las comunidades cristianas, los creyentes se expresan con otro esquema mental y otro lenguaje: Dios «ha exaltado» a Jesús, «lo ha elevado a su gloria», lo «ha sentado a la derecha de su trono» y lo «ha constituido como Señor».

Esta manera de expresar la fe en la resurrección de Jesús es, según los investigadores, la más antigua. Encontramos un ejemplo típico en la carta de Pablo a los Romanos: «Si confiesas con tu boca que Jesús es Señor y crees en tu corazón que Dios lo resucitó de entre los muertos, te salvarás» (10,9).

Los primeros cristianos emplean dos términos griegos: *egeirein*, que significa 'despertar' al muerto del sueño en que está sumido, y *anistanai*, que significa 'levantar' o 'poner de pie' al muerto que yace en el polvo del sheol. Este lenguaje es tan antiguo como el que habla de «resurrección». Para los primeros cristianos, la exaltación de Jesús a la gloria del Padre no es algo que sucede después de su resurrección, sino otro modo de afirmar lo que Dios ha hecho con el crucificado. «Resucitar» es ya ser exaltado, es decir, ser introducido en la vida del mismo Dios. «Ser exaltado» es resucitar, ser arrancado del poder de la muerte. Los dos lenguajes se enriquecen y complementan mutuamente para sugerir la acción de Dios en el muerto Jesús.

La confesión de fe más importante y significativa la encontramos en una carta que Pablo de Tarso escribe a la comunidad cristiana de Corinto. Pablo les anima a permanecer fieles al evangelio que él les ha enseñado en su visita hacia el año 51: esa «Buena Noticia» es «lo que os está salvando». Os transmití, en primer lugar, lo que a mi vez recibí: que Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras, que fue sepultado y que resucitó al tercer día, según las Escrituras, que se apareció a Cefas y luego a los Doce.

¿Por qué se dice que Jesús «resucitó al tercer día, según las Escrituras»? ¿Es que ha estado muerto hasta que, por fin, Dios ha intervenido al tercer día? ¿Por qué los relatos evangélicos hablan de apariciones el «primer día de la semana», antes de que llegue el «tercer día»? En realidad, en el lenguaje bíblico, el «tercer día» significa el «día decisivo». Dios siempre salva y libera «al tercer día»: él tiene la última palabra; el «tercer día» le pertenece a él. Diferentes comentarios rabínicos interpretaban este tercer día, anunciado por Oseas, como el día de la resurrección de los muertos, el día de las consolaciones en el que Dios hará revivir a los muertos y nos resucitará. Los primeros cristianos creen que, para Jesús, ha llegado ya ese tercer día definitivo. El ha entrado en la salvación plena. Nosotros conocemos todavía días de prueba y sufrimiento, pero con la resurrección de Jesús ha amanecido el tercer día.

Probablemente, este lenguaje podría ser entendido en ambientes judíos, pero los misioneros que recorrían las ciudades del Imperio sentían que la gente de cultura griega se resistía a la idea de «resurrección». Por eso, en algunos sectores encontraron otro lenguaje que, sin distorsionar la fe en el resucitado, fuera más apropiado y fácil de aceptar por gentes de mentalidad griega.

Lucas fue, tal vez, uno de los que más contribuyó a introducir un lenguaje que presenta al resucitado como «el que está vivo», «el viviente». Así se les dice en su evangelio a las mujeres que van al sepulcro: «¿Por qué buscáis entre los muertos al que está vivo?».

¿En qué consiste la resurrección de Jesús? ¿Qué quieren decir estos cristianos de la primera generación cuando hablan de «Cristo resucitado»? La resurrección es algo que le ha sucedido a Jesús. Nunca confunden los primeros cristianos la resurrección de Jesús con lo que ha podido ocurrirles, según los evangelios, a Lázaro, a la hija de Jairo o al joven de Naín. Jesús no vuelve a esta vida, sino que entra definitivamente en la «Vida» de Dios. Una vida liberada donde ya la muerte no tiene ningún poder sobre él.

Según los evangelistas, Jesús puede ser visto y tocado, puede comer, subir al cielo hasta quedar ocultado por una nube. Si entendemos estos detalles narrativos de manera material, da la impresión de que Jesús ha regresado de nuevo a esta tierra para seguir con sus discípulos como en otros tiempos. Sin embargo, los mismos evangelistas nos dicen que no es así. Jesús es el mismo, pero no es el de antes; se les presenta lleno de vida, pero no le reconocen de inmediato; está en medio de los suyos, pero no lo pueden retener; es alguien real y concreto, pero no pueden convivir con él como en Galilea. Sin duda es Jesús, pero con una existencia nueva.

Tampoco han entendido los seguidores de Jesús su resurrección como una especie de supervivencia misteriosa de su alma inmortal, al estilo de la cultura griega. El resucitado no es alguien que sobrevive después de la muerte despojado de su corporalidad. Ellos son hebreos y, según su mentalidad, el «cuerpo» no es simplemente la parte física o material de una persona, algo que se puede separar de otra parte espiritual. El «cuerpo» es toda la persona tal como ella se siente enraizada en el mundo y conviviendo con los demás; cuando hablan de «cuerpo» están pensando en la persona con todo su mundo de relaciones y vivencias, con toda su historia de conflictos y heridas, de alegrías y sufrimientos.

Para hablar del resucitado recurren al lenguaje de la «resurrección», de la «exaltación» a la gloria de Dios o de la «vida», pero nunca han pensado en la «inmortalidad del alma» de Jesús. Ningún evangelista se ha atrevido a narrar la resurrección de Jesús. Nadie puede ser testigo de esa actuación trascendente de Dios. La resurrección no pertenece ya a este mundo que nosotros podemos observar. Por eso se puede decir que no es propiamente un «hecho histórico», como tantos otros que suceden en el mundo.

Los relatos evangélicos, compuestos entre los años 70 a 90, no son relatos biográficos. Son «catequesis» deliciosas que evocan las primeras experiencias

para ahondar más en la fe en Cristo resucitado y extraer importantes consecuencias para los creyentes.

Jesús resucitado posee un «cuerpo glorioso», que no significa un cuerpo radiante y resplandeciente, sino una personalidad rebosante de la fuerza gloriosa del mismo Dios. Por último, dice que ha sido resucitado por el «espíritu» de Dios, por su aliento creador. Por eso su cuerpo resucitado es un «cuerpo espiritual», es decir, plenamente vivificado por el aliento vital y creador de Dios.

Los primeros cristianos piensan que con esta intervención de Dios se inicia la resurrección final, la plenitud de la salvación. Jesús es solo el «primogénito de entre los muertos», el primero que ha nacido a la vida definitiva de Dios. Él se nos ha anticipado a disfrutar de una plenitud que nos espera también a nosotros. Su resurrección no es algo privado, que le afecta solo a él; es el fundamento y la garantía de la resurrección de la humanidad y de la creación entera.

«Dios, que resucitó al Señor, nos resucitará también a nosotros por su fuerza». Resucitando a Jesús, Dios comienza la «nueva creación». Sale de su ocultamiento y revela su intención última, lo que buscaba desde el comienzo al crear el mundo: compartir su felicidad infinita con el ser humano». [Pagola, 2007: 146]

EL SENTIDO QUE JESÚS DIO A SU MUERTE

La muerte de Jesús provocó en sus seguidores un “terremoto social y religioso”. Creo que lo primero que debería decirse es que el comportamiento de los discípulos, a saber, las negaciones de Pedro; el abandono de Jesús, la huida temerosa fuera de Jerusalén, probablemente a Galilea, hace que sean históricamente imposibles las tres predicciones de la pasión y resurrección que aparecen en Mc 8,31 / 9,31 / 10,32, junto con sus respectivos paralelos en los otros dos evangelios sinópticos, Mateo y Lucas.

Me parece indudable que los discípulos tuvieron ese comportamiento bochornoso (deserción y fuga) porque Jesús fue a Jerusalén a triunfar, no a morir voluntariamente, y no pensaba que su muerte era el rescate por el pecado de la humanidad entera, y porque los discípulos estaban convencidos de que la estancia en Jerusalén significaba la implantación del reino de Dios en la tierra de Israel (“Estando la gente escuchando estas cosas, añadió una parábola, pues estaba él cerca de Jerusalén, y creían ellos que el Reino de Dios aparecería de un momento a otro”: Lc 9,11), y que este Reino significaría la liberación de Israel de los enemigos opresores del pueblo de Dios, los romanos: “Los que estaban reunidos le preguntaron: «Señor, ¿es en este momento cuando vas a restablecer el Reino de Israel?»” (Hch 1,6). Y que es así se deduce también por la definición del autor de los hechos que ocurrieron, pasión y muerte, como “desconcertantes” e “inesperados”.

Por tanto, esas predicciones de la entrega a las autoridades, sufrimientos, muerte y resurrección no son palabras auténticas de Jesús, sino producto de la Iglesia posterior –probablemente de profetas cristianos que hablan en

nombre de Jesús, y de los que se creen que reproducen palabras auténticas del Maestro-, pero que el Evangelio las pone en boca de Jesús sin más; sin marca alguna. Muchos cristianos de hoy creen que fueron auténticamente pronunciadas por aquel.

Las explicaciones de lo que sucedió, las hagan creyentes o no, suelen poner el punto de partida del nacimiento del movimiento de Jesús en los testimonios de su resurrección o en las experiencias de encuentro con él, como visiones, audiciones, sueños, éxtasis. Tales testimonios de la resurrección, por su género literario y las convenciones formales utilizadas, no pueden tomarse como descripciones directas de los hechos, sino como interpretaciones de hechos desconcertantes.

Gil Albiol insiste en que la resurrección de Jesús puede comprenderse en el marco de un proceso complejo y multiforme que se inicia ya durante los últimos acontecimientos de la vida de Jesús. Pero el proceso de prueba de esta idea –repito: que la interpretación cristiana de la cruz se genera durante la vida de Jesús– no me parece probado en el resto del artículo.

Argumenta Gil Albiol que en el relato premarcano de la pasión y en el marcano, lucano y johánico, hay muchas referencias a la muerte de Jesús. Ello significa que –como van unidas con alusiones a su futura resurrección (¿?)– los seguidores de Jesús no consiguieron desprenderse de la idea de la muerte de su Maestro, aunque tal muerte traumática debería haber quedado olvidada (era un acontecimiento terrible que teóricamente debería soslayarse) gracias a la afirmación de su triunfo final, la resurrección.

Sin embargo, no hay olvido: la muerte de Jesús es un hecho que se recuerda constantemente. ¿Cómo se recuerda?

En primer lugar en los ritos: el bautismo (morir con Jesús y resucitar con él) y la eucaristía (actualización de la entrega y muerte de Jesús y sus efectos: una “nueva” alianza). Sobre todo en la comida eucarística se recuerda la cruz y su interpretación teniendo como fundamento las comidas de Jesús en vida. Gil Albiol se apoya en Lc 24,31-35 (“Entonces se les abrieron los ojos y le reconocieron, pero él desapareció de su lado”; “Ellos, por su parte, contaron lo que había pasado en el camino y cómo le habían conocido en la fracción del pan”), y sostiene que la “comida ritual interpreta Mateo muerte de Jesús a partir de sus opciones, preferencias y sus costumbres en vida, lo que le daba sentido a la muerte que padeció por ello”.

Luego concluye: “La centralidad del recuerdo de la muerte en cruz de Jesús en ambos ritos permite comprenderlos como ocasiones propicias para revivir la pasión y muerte en cruz de Jesús sirviendo de escenarios en los que experimentar de algún modo el sentido que Jesús le dio a su muerte, y actualizarlo para las nuevas circunstancias”.

No lo veo en absoluto claro. He aquí mi crítica a estas ideas:

La interpretación del bautismo y de la eucaristía proceden de Pablo. Él fue el primero que las dio antes de cualquiera de los evangelistas, y el influjo de sus ideas interpretativas es totalmente perceptible en los Evangelios. Ahora bien,

esta interpretación paulina nada tiene que ver con el pensamiento del Jesús histórico acerca de su muerte (y resurrección incluso para participar en la tierra del futuro reino de Dios, según Mc 14,25, "Yo os aseguro que ya no beberé del producto de la vid hasta el día en que lo beba nuevo en el Reino de Dios"), que se enmarca, sin duda alguna en una concepción del reino de Dios absolutamente judía (ya que Jesús jamás explicó qué era ese Reino, sino solo algunas de sus características externas).

Además, la muerte en la cruz fue la condena por parte de los romanos a una actividad religioso-política sediciosa contra la autoridad de Tiberio del Imperio romano en general. Esto es claro a la luz de las acusaciones judías ante Poncio Pilato (Lc 22,2-3, "Comenzaron a acusarle diciendo: «Hemos encontrado a éste alborotando a nuestro pueblo, prohibiendo pagar tributos al César y diciendo que él es mesías rey». Pilato le preguntó: «¿Eres tú el Rey de los judíos?». Él le respondió: «Sí, tú lo dices»"), según las cuales –insisto en que son las autoridades judías las que acusan– Jesús muere como alguien que se opone frontalmente al Imperio, negando el pago de los impuestos y proclamándose rey de Israel en vez de Tiberio.

El bautismo y la eucaristía como alusiones a la muerte de Jesús no sirven para "experimentar de algún modo el sentido que Jesús le dio a su muerte". De ningún modo, pues. Opino que el sentido que el Jesús histórico debió de dar a su muerte nada tiene que ver con la interpretación de esa muerte del mesías por parte de Pablo (muerte del Hijo, entidad divina, expiatoria, por toda la humanidad). Y sus ideas están en la base de la evangélica y son pura teología... paulina..., ni siquiera simplemente judeocristiana. Nada que ver con el Jesús histórico». [[Antonio Piñero](#)]

EXPERIENCIAS EXTRAORDINARIAS EN LOS ORÍGENES

Rafael Aguirre (editor): *Así vivían los primeros cristianos. Evolución de las prácticas y de las creencias en el cristianismo de los orígenes*, (2017). Antonio Piñero comenta el artículo de Esther Miquel Pericás ("Experiencias religiosas extraordinarias en los orígenes del cristianismo"):

«El interés de la autora es poner de relieve la plausibilidad histórica de las experiencias religiosas extraordinarias que son como la gestación de la interpretación "cristiana" de Jesús, a su vez la base para el desarrollo doctrinal acerca del alcance de su figura y de su misión. Esas experiencias tuvieron tal impacto que son como el armazón que sostiene la novedad del cristianismo respecto a su religión hermana, el judaísmo.

¿Cuáles son esas experiencias extraordinarias? Según la autora, se trata de la vivencia de que el Jesús que ha muerto, no está en esa situación, sino que vive de nuevo; que existen, se han dado entre los miembros del grupo, y se dan, experiencias de encuentro con ese resucitado: apariciones, visiones, procesos de revelación por parte de ese resucitado. Y es importante que tales experiencias no son destructivas de la realidad, sino aclarativas; el grupo las considera muy positivas y beneficiosas porque explican lo ocurrido; le dan sentido.

En primer lugar afirma la autora que tales experiencias que no son patológicas, sino que se dan en personas sanas psicológicamente. Son extraordinarias tan solo por los sentimientos que las acompañan y las actitudes vitales que surgen de ellas. Y estas experiencias, al contradecir de muchas maneras la vida cotidiana revelan la creencia de que existe en verdad una realidad que trasciende lo que es corriente y usual en la vida. Algo hay detrás.

La autora insiste en la argumentación de que si se desea argumentar que tras esas experiencias puede vislumbrarse algo histórico es necesario primero probar científicamente su posibilidad y el que se den entre gente normal, no enferma mentalmente. Por tanto, primera conclusión importante (contra los mitistas que sostiene que todo lo referente a Jesús es una pura creación literaria) es "que los autores neotestamentarios no utilizaron relatos falsos (voluntariamente pergeñados), metafóricos o meramente simbólicos de experiencia extraordinarias con el único fin de justificar unas creencias previamente adoptadas" (p. 44).

Estoy muy de acuerdo con esta conclusión. Y me parece básica: se crea o no en la realidad trascendente a la que antes aludíamos, es imposible sostener – considerando los datos objetivos, históricos de la evolución de las creencias cristianas– que estas se basan en una mistificación pura y dura. No es posible. Es cierto que los psiquiatras afirman que el 10% de las personas sanas tienen alucinaciones alguna vez en su vida, y que no corresponden a un correlato externo real. Pero no se puede acusar a esas personas de ser unos mentirosos. Y para muchos esas "alucinaciones" son pruebas de la existencia de la trascendente. Aquí interviene la fe. Pero no es irracional, y como correlato se debe presumir la "buena fe" de los primeros cristianos.

Respecto al modo de concebir la resurrección –las famosas y muy conocidas divergencias entre los evangelios o las afirmaciones de Pablo de Tarso– la autora afirma que se trata sencillamente de que, tras las diversas nociones de resurrección (en carne y hueso; con cuerpo espiritual), no hay sino diversas experiencias extraordinarias de contacto con el Resucitado. Y la creencia en que Jesús había vuelto a la vida era realmente más que plausible entre los judíos y los grecorromanos; unos, los primeros, porque estaban acostumbrados a la noción normal de la resurrección de todos los seres humanos (o al menos los justos; los otros serían simplemente aniquilados) para el Juicio Final previo al reino de Dios; y entre los grecorromanos porque era también usual la creencia en la resurrección por parte de los dioses de algunos humanos, sobre todo los héroes, que se convertían por ello en inmortales.

En síntesis: queda claro –y estoy de acuerdo con ello– por el primer trabajo del libro "Así vivieron los primeros cristianos" que son totalmente plausibles tales experiencias extraordinarias que apuntan hacia algo trascendente, y que se dan entre personas no enfermas mentales, sino normales. Que esa realidad trascendente exista en verdad supera el ámbito de la pura historia (que solo trata de hechos empíricos, repetibles y contrastables) y es otra cosa; queda pues en el ámbito de la fe; pero no es irracional». [Antonio Piñero]

NACIMIENTO DE LA FE EN CRISTO RESUCITADO

«En contra de la tendencia tradicional a explicar el nacimiento de la fe en Cristo resucitado a partir de experiencias concretas, estudios recientes prestan mayor atención al proceso global (Müller, Kessler, Torres Queiruga) y a factores como el horizonte de expectativas de los judíos más allá de la muerte (Berger), la fe en la resurrección final de los muertos (Pannenberg, Wilckens), los modelos interpretativos a los que pueden recurrir los discípulos (Marxsen, Boismard), el proceso cognitivo (Schillebeeckx) o el recuerdo del mensaje y la actuación de Jesús (Pesch). Por otra parte, Dunn y otros advierten que no es posible precisar la duración de este proceso, pues el esquema de Lucas limitando las manifestaciones del resucitado a cuarenta días es meramente convencional.

Los discípulos de Jesús, como casi todos los judíos de su época, esperaban para el final de los tiempos la «resurrección de los justos». Sin este horizonte de esperanza difícilmente hubieran podido decir algo de la resurrección. No era una convicción judía arraigada a lo largo de los siglos, sino una fe bastante reciente, que todavía se formulaba con lenguajes diferentes.

El problema se planteó de manera crucial cuando en los años 168-164 a. C, un número incontable de fieles judíos fueron martirizados por Antíoco Epífanes por permanecer fieles a la Ley: ¿puede Dios abandonar definitivamente en la muerte a los que lo han amado hasta el extremo de morir por él? ¿No devolverá la vida a los que la han sacrificado por ser fieles? Eran probablemente las preguntas que se hacían los seguidores de Jesús ante su muerte.

El profeta Daniel había respondido proclamando una fe nueva: al final de los tiempos, los que han permanecido fieles a Dios se salvarán. «Muchos de los que duermen en el polvo de la tierra se despertarán, unos para la vida eterna, otros para el oprobio y el horror eternos. Los sabios brillarán como el esplendor del firmamento; los que guiaron a muchos por el buen camino serán como las estrellas por toda la eternidad». Los mártires fieles a Dios y los sabios que han guiado a muchos por el buen camino despertarán del sueño de la muerte. Ahora no son más que polvo, pero Dios los hará brillar como las estrellas.

Sin duda, los discípulos de Jesús comparten esta fe. Ya en esa época era muy aceptada, sobre todo entre los escritores apocalípticos, aunque son los grupos fariseos los que más la promueven entre el pueblo; solo los saduceos la rechazan como una «novedad» no atestiguada en las tradiciones más antiguas. Probablemente, como los demás judíos piadosos, también ellos recitaban todos los días, al salir y al ponerse el sol, esta bendición: «Bendito eres, Señor, que haces vivir a los muertos». Esta esperanza ayuda sin duda a los discípulos a interpretar mejor lo que están viviendo.

Libros como 1 Henoc 92-105 o el Testamento de los doce patriarcas contienen afirmaciones claras: «Los muertos en el dolor se alzarán en la alegría... y los muertos en el nombre del Señor despertarán para la vida». Si experimentan

a Jesús vivo, ¿no será que ha llegado ya a esa resurrección final de los justos? ¿No está Jesús viviendo esa salvación plena de Dios? Sin embargo, la resurrección anticipada de una persona, antes de llegar el fin de los tiempos, era algo insólito. En general se esperaba de manera generalizada y en plural la «resurrección de los justos». [Pagola, 2007: 150]

LA FE DE LOS PRIMEROS CRISTIANOS EN LA RESURRECCIÓN

Para los primeros cristianos Dios creador no puede permitir la muerte definitiva, la aniquilación de sus criaturas. Ni siquiera que se pudra el cuerpo y que se salve solo el alma.

El teólogo protestante NT Wright explica cómo la resurrección de Jesucristo es para los primeros cristianos mucho más que una simple “prueba de Su Divinidad” o la seguridad de que los cristianos “irán al cielo.” El punto de los escritores de los Evangelios es que la resurrección de Jesús es una demostración de que Jesús es en verdad el Mesías. Es la resurrección del Portador del Reino. Significa que la nueva creación ha comenzado. Significa que las promesas de Dios de bendecir al mundo a través de Israel– promesas que una vez fueron detenidas debido a la infidelidad del pacto de Israel– ahora está comenzando a fluir hacia el mundo porque Jesús, el Mesías de Israel, ha venido y ha cumplido el llamado de Israel.

«Entre los primeros significados que la resurrección abrió ante los ojos de los sorprendidos discípulos estaba que la esperanza de Israel había quedado cumplida. Había llegado el momento prometido, como Jesús mismo había anunciado durante su ministerio público. Había llegado el *eschaton*. La historia de Israel había llegado a su clímax. La “resurrección” era una parte clave del *eschaton*.

El Mesías representaba a Israel, lo mismo que David había representado a Israel cuando se enfrentó a Goliat. Jesús había sido ejecutado como pretendiente mesiánico, como “rey de los judíos”, y el dios de Israel le había acreditado. Así era, al parecer, como el dios de Israel estaba cumpliendo sus promesas a Israel. Los cristianos primitivos hacían una y otra vez hincapié en que Jesús fue resucitado de entre los muertos por dios, y por “dios” entendían el dios de Israel, YHWH.

Veían la resurrección como un acto vivificador del dios de la alianza, el creador que siempre había tenido el poder de matar y de dar vida, que en efecto era diferente de los demás dioses precisamente en este aspecto. La resurrección era el signo de que este dios vivo por fin había actuado de acuerdo con su antigua promesa, demostrando con ello que era Dios, el único creador y soberano del mundo.

La resurrección significa que Jesús es el “hijo de dios” mesiánico; que la esperanza escatológica de Israel se ha cumplido; que ha llegado la hora de que las naciones del mundo sean sometidas al dios de Israel. La resurrección, interpretada de esta manera, colocaba a los primeros cristianos en un camino de enfrentamiento, por no decir de colisión, con otros grupos judíos de su tiempo, en particular con las autoridades. Los fariseos de la línea dura como

Saulo de Tarso estaban horrorizados ante la afirmación de que este hombre había sido resucitado de entre los muertos, con todo lo que esto implicaba.

La jerarquía oficial, en su mayoría saduceos, estaban doblemente horrorizados. La resurrección siempre había sido una doctrina novedosa y revolucionaria, y este nuevo movimiento demostraba que sus peores temores acerca de ella eran verdad. Los seguidores de Jesús realmente creían que Israel estaba siendo renovado a través de Jesús y que la resurrección de éste, que lo señalaba como Mesías, era un llamamiento a que Israel encontrara una nueva identidad siguiéndolo y estableciendo su reino.

Las creencias de "nueva alianza" de los cristianos primitivos significaban que, al saludar a Jesús como "hijo de dios", creían que el dios de Israel había actuado en él para cumplir las promesas de la alianza ocupándose por fin del problema del mal. Un habitual análisis judío del mal no creía que el orden creado fuera en sí malo, sino que los seres humanos, al cometer idolatría, desfiguraban su propia humanidad en una conducta pecadora y se exponían a la corrupción y, en última instancia, a la muerte.

La muerte –la que deshace las criaturas portadoras de la imagen del creador– no era considerada como algo bueno, sino como un enemigo al que había que vencer. Si el dios creador era también el dios de la alianza, y la alianza existía para lidiar con el desagradable problema que había invadido el orden creado en su núcleo, y que había corrompido a los propios seres humanos, era esta intrusa, la muerte como tal, la que tenía que ser derrotada. Permitir que la muerte se saliera con la suya no era solución, al menos no para el problema tal como se entendía dentro de la mayor parte del judaísmo del segundo Templo.

Esta es la razón por la cual la "resurrección" no fue nunca una nueva descripción de la muerte, sino siempre su derrota. Dentro del Nuevo Testamento, esto aparece muy claramente en Pablo, de manera especial en Romanos 8 y en la correspondencia corintia, y en el Apocalipsis.

En el pasaje más obvio, 1 Corintios 15,20-28, encontramos una teología mesiánica explícita, enraizada en una interpretación mesiánica de algunos salmos, en la cual Jesús, en cuanto "hijo de dios", es el representante del dios creador a la hora de llevar a cabo precisamente esta tarea, la de librar al mundo del mal y, en última instancia, de la muerte misma.

Jesús es el Mesías de Israel. En él, el plan de la alianza de dios, de encargarse del pecado y la muerte que tan radicalmente han infectado este mundo, ha alcanzado su cumplimiento decisivo y largamente esperado.» [Wright, Nicholas Thomas: *La Resurrección del Hijo de Dios*. Estella (Navarra): Verbo Divino, 2008. (Original: *The Resurrection of the Son of God*, 2003)]

ENCUENTROS CON JESÚS RESUCITADO

«En una época relativamente tardía, cuando los cristianos llevan ya cuarenta o cincuenta años viviendo de la fe en Cristo resucitado, nos encontramos con unos relatos llenos de encanto que evocan los primeros «encuentros» de los

discípulos con Jesús resucitado. Son narraciones que recogen tradiciones anteriores, pero que cada evangelista ha trabajado desde su propia visión teológica para concluir su evangelio sobre Jesús. Enseguida se ve que estos relatos no pretenden ofrecernos información detallada sobre lo ocurrido cuarenta o cincuenta años antes. De hecho, es imposible reconstruir los acontecimientos a partir de lo que nos cuentan.

Estos relatos se encuentran en todos los evangelios, excepto en el de Marcos, y sirven para concluir la obra de cada evangelista (Mateo 28; Lucas 24; Juan 20-21). En fecha más tardía, alguien añadió al evangelio de Marcos un breve sumario de algunas apariciones (Marcos 16:9-20). Estas descripciones han configurado de manera decisiva la idea que se hacen muchos cristianos sobre las «apariciones» del resucitado.

Son, más bien, una especie de «catequesis» compuestas para ahondar en diversos aspectos de la resurrección de Cristo, de consecuencias importantes para sus seguidores. No han surgido de la nada, sin base alguna en la realidad, sino que recogen múltiples vivencias que todavía se recuerdan entre los cristianos: experiencias de la presencia inesperada de Jesús después de su muerte, dudas e incertidumbres de los primeros momentos, procesos de conversión, reflexiones sobre las Escrituras para ir comprendiendo mejor lo que viven. Sin embargo, el objetivo de los evangelistas no es añadir más información a lo que ya han contado sobre Jesús. Lo que quieren es hacer entender a todos que su vida y su muerte han de ser comprendidas en una dimensión nueva. Aquel Jesús al que los lectores han podido seguir a lo largo de su relato anunciando el reino de Dios y muriendo por su causa no está muerto. Ha sido resucitado por Dios y sigue lleno de vida acompañando a los suyos.

Es prácticamente imposible armonizar los «datos» que proporcionan los evangelistas, pues no concuerdan a la hora de decirnos quiénes y en qué orden fueron testigos de las apariciones, dónde se produjeron, cuándo y en qué circunstancias. Nada se puede concluir con certeza. A pesar de todo, la tendencia actual de quienes se empeñan en rastrear huellas históricas se podría resumir así: 1) Se trata de una experiencia compartida por diversos seguidores y repetida en diversas circunstancias. 2) Probablemente, las primeras experiencias de los varones tuvieron lugar en Galilea. 3) Se discute si la primera aparición fue a Pedro o a María Magdalena; cada vez son más los autores que sostienen la primacía de la aparición a María, silenciada luego en la tradición.

El relato de Emaús describe como ningún otro la transformación que se produce en los discípulos al acoger en su vida a Jesús resucitado. Caminaban «con aire entristecido» y, al escuchar sus palabras, «sienten arder su corazón»; se habían derrumbado al comprobar la muerte de Jesús, pero, al experimentarlo lleno de vida, descubren que sus esperanzas no eran exageradas, sino demasiado pequeñas y limitadas; se habían alejado del grupo de discípulos, frustrados por todo lo ocurrido, y ahora vuelven a Jerusalén a contar a todos «lo que les ha pasado en el camino».

Se recogen hasta tres versiones de este encuentro «oficial». Su redacción es tardía y responde a las necesidades de las distintas comunidades. Según Juan, se les dice así: «La paz con vosotros. Como el Padre me envió, también os envío yo»: los Once han de sentirse «enviados» de Jesús; no se les dice a qué se les envía ni a quiénes; tienen que hacer lo que le han visto hacer a él; su misión es la misma que él ha recibido del Padre; solo se les pide prolongar y actualizar a Jesús. Según Lucas, los Once son constituidos testigos de esta experiencia del resucitado: «Vosotros sois testigos de estas cosas»: con este cuerpo de testigos se pondrá en marcha un movimiento que predicará, en el nombre de Jesús resucitado, «la conversión para el perdón de los pecados» a todas las naciones.

Entre los cristianos de la segunda y tercera generación se recordaba que había sido el encuentro con Jesús vivo después de su muerte lo que había desencadenado el anuncio contagioso de la Buena Noticia de Jesús». [Pagola, 2007: 151]

LA ASCENSIÓN DE JESÚS A LOS CIELOS

«Al final de su evangelio la presenta como la culminación solemne del tiempo de Jesús (Lucas 24,50-53): el resucitado es llevado al cielo (al mundo insondable de Dios) mientras bendice a los suyos; los discípulos se prostran y le adoran por última vez; luego se vuelven rebosantes de gozo al templo, donde permanecen bendiciendo a Dios. Sin embargo, el mismo Lucas vuelve a narrar la «ascensión», pero ahora como punto de partida del tiempo de la Iglesia y de la misión evangelizadora (Hechos de los Apóstoles 1,6-11): Jesús es elevado al cielo «hasta que una nube lo oculta a su vista»; se les explica que este Jesús «vendrá un día como lo han visto marcharse»; luego se vuelven a Jerusalén, pero no van al templo, sino al «cenáculo», donde recibirán el Espíritu, que los impulsará a la misión evangelizadora.

Lucas es el único evangelista que narra la «ascensión» de Jesús al cielo. Según Mateo, Jesús no abandona a los suyos ni se despide de ellos; el resucitado está siempre con los suyos: «Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» (28:20). Tampoco Juan habla de la «ascensión»; el resucitado está con los suyos infundiendo sobre ellos su aliento: «Recibid el Espíritu Santo» (20,22). La «ascensión» es una composición literaria imaginada por Lucas». [Pagola, l. c.]

EL SEPULCRO VACÍO

«Todos los evangelistas cuentan que, al día siguiente de la crucifixión, muy de mañana, unas mujeres se acercaron al sepulcro donde había sido depositado el cadáver de Jesús y lo encontraron abierto y vacío. Naturalmente quedaron sorprendidas y sobrecogidas. Según el relato, un «ángel» de Dios las sacó de su desconcierto con estas palabras: «No os asustéis. Vosotras buscáis a Jesús de Nazaret, el crucificado. ¡Ha resucitado! No está aquí. Mirad el lugar donde lo pusieron. Ahora id a decir a sus discípulos y a Pedro: él va delante de vosotros a Galilea: allí le veréis».

Se trata de un relato tardío. Las primeras confesiones e himnos litúrgicos que hablan de la resurrección de Jesús o de su exaltación a la vida de Dios no dicen nada del sepulcro vacío. Tampoco Pablo de Tarso menciona este hecho en sus cartas. Solo se habla del sepulcro vacío a partir de los años setenta. Todo parece indicar que no desempeñó una función significativa en el nacimiento de la fe en Cristo resucitado. Solo adquirió importancia cuando el dato fue integrado en otras tradiciones que hablaban de las «apariciones» de Jesús resucitado.

Los romanos solían dejar a los crucificados sobre el patíbulo, abandonados a los perros salvajes y a las aves de rapiña. Según una tradición, Jesús fue enterrado por las autoridades judías que «pidieron a Pilato que le hiciera morir», y luego «le bajaron del madero y le pusieron en un sepulcro». El dato es verosímil. Las autoridades de Jerusalén están preocupadas: van a comenzar las fiestas de Pascua y aquellos cuerpos que cuelgan de la cruz manchan la tierra y contaminan toda la ciudad. Jesús y sus dos compañeros han de ser enterrados con prisa, sin ceremonia alguna, antes de que comience aquel solemne sábado de Pascua.

Sabemos que, ocasionalmente, las autoridades romanas daban su autorización y permitían que un crucificado pudiera recibir una sepultura más digna y respetable por parte de amigos o familiares. Es difícil saber lo que sucedió. Ciertamente, Jesús no tuvo un entierro con honras fúnebres. No asistieron sus seguidores: los varones estaban escondidos, las mujeres solo podían mirar de lejos.

El relato no parece escrito para presentar el sepulcro vacío de Jesús como una prueba de su resurrección. De hecho, lo que provoca en las mujeres no es fe, sino miedo, temblor y espanto. Es el mensaje del ángel lo que hay que escuchar, y, naturalmente, esta revelación exige fe. Solo quien cree en la explicación que ofrece el enviado de Dios puede descubrir el verdadero sentido del sepulcro vacío.

Es más fácil pensar que el relato nació en ambientes populares donde se entendía la resurrección corporal de Jesús de manera material y física, como continuidad de su cuerpo terreno. Para estos creyentes, este relato resultaba fascinante. Es iluminadora la actitud de Pablo de Tarso, que explica y desarrolla su teología de la resurrección «corporal» de Cristo sin que sienta necesidad de hablar del sepulcro vacío. Por supuesto, para Pablo, Jesús tiene un «cuerpo glorioso», pero esto no parece implicar necesariamente la revivificación del cuerpo que tenía en el momento de morir. Pablo insiste en que «la carne y la sangre no pueden poseer el reino de los cielos». Para él, la resurrección de Jesús es una «novedad» radical, sea cual fuere el destino de su cadáver.

En cualquier caso, el relato del sepulcro vacío, tal como está recogido al final de los escritos evangélicos, encierra un mensaje de gran importancia: es un error buscar al crucificado en un sepulcro; no está ahí; no pertenece al mundo de los muertos. Ha resucitado. Está más lleno de vida que nunca. Él sigue animando y guiando a sus seguidores». [Pagola, 2007: 153]

NACEN LOS EVANGELIOS

«Para los seguidores de Jesús, la resurrección no es solo una victoria sobre la muerte; es la reacción de Dios, que confirma a su querido Jesús desautorizando a quienes lo han condenado. Esto es lo primero que predicán una y otra vez en las cercanías del templo y por las calles de Jerusalén: «Vosotros lo matasteis clavándole en la cruz por mano de unos impíos, pero Dios lo resucitó»; «a quien vosotros crucificasteis, Dios lo resucitó de entre los muertos»; «el Dios de nuestros padres resucitó a Jesús, a quien vosotros matasteis colgándolo de un madero».

Este esquema de «contraste» entre lo que han hecho con Jesús y la reacción de Dios es un elemento central en la primera predicación (Hechos de los Apóstoles 2,23-24; 4,10: 5,30). Con su acción resucitadora, Dios ha confirmado la vida y el mensaje de Jesús, su proyecto del reino de Dios y su actuación entera.

Por eso hay que «volver a Galilea» y recordar todo lo vivido con él. Se produce entonces un fenómeno singular. Los discípulos van a reavivar de nuevo lo que han experimentado junto a Jesús por los caminos de Galilea, pero esta vez a la luz de la resurrección. Impulsados por su fe en Jesús resucitado, empiezan a recordar sus palabras, pero no como si fueran el testamento de un maestro muerto que pertenece al pasado, sino como palabras de alguien que está «vivo» y sigue hablando con la fuerza de su Espíritu.

Nace así un género literario absolutamente original y único: los «evangelios». Estos escritos no recopilan los dichos pronunciados en otro tiempo por un rabino famoso, sino el mensaje de alguien resucitado por Dios, que está comunicando ahora mismo su espíritu y su vida a quienes le siguen. Los creyentes escuchan las palabras recogidas en los evangelios como palabras que son «espíritu y vida», «palabras de vida eterna», que transmiten la alegría y la paz del resucitado.

Los evangelios han sido escritos no solo para saber quién fue Jesús, sino para anunciar qué es, de hecho, una vez resucitado, para sus seguidores, y qué puede esperar de él la humanidad. Marcos no escribe una «vida de Jesús», al estilo de Tácito o Suetonio, que escribían sobre la historia de los emperadores. Como se dice en el título de su pequeña obra, lo que quiere es anunciar «la Buena Noticia de Jesús, Mesías e Hijo de Dios». [Pagola, 2007: 155 ss.]

DESARROLLO DOCTRINAL EN LOS PRIMEROS PASOS DEL CRISTIANISMO

«El proceso de asentamiento doctrinal puede imaginarse –en sus líneas más esenciales y simplificadas– ligado en primer lugar a la predicación y la interpretación teológica, pero también a la evolución de la liturgia o la organización de las asambleas comunitarias.

a) Aparte de los dirigentes de la comunidad, debían existir también grupos (que quizá con el paso del tiempo se organizaron en «escuelas») de catequistas y escribas cristianos –una institución paralela a la que existía el

judaísmo «oficial»– que dedicaban su tiempo al estudio de las Escrituras desde el punto de vista de su cumplimiento en la figura y el mensaje de Jesús. Estos grupos de doctos debieron de tomar como tarea la transmisión, difusión e interpretación de los dichos de Jesús y también de sus hechos.

b) En estos años el grupo de seguidores de Jesús frecuentaban la sinagoga en común con el resto de los judíos también fuera del territorio de Israel. Sus reuniones aparte, al día siguiente del sábado que bautizaron como «día del Señor» (dies dominica en latín, de donde viene «domingo»), debían de ser como un complemento al culto sinagoga. No es extraño que en sus asambleas particulares siguieran los cristianos utilizando fórmulas de la liturgia de la sinagoga y las adaptaran a sus necesidades. El Nuevo Testamento indica claramente que al principio la fe se concretizaba en una nítida esperanza escatológica, del fin del mundo. Esta se vivía en las asambleas del grupo, en las que abundaban aclamaciones y deseos de la venida del Señor al igual que en el culto sinagoga eran comunes las doxologías referidas a Dios. A las aclamaciones hacia la divinidad (e! Padre) se añadieron otras que anunciaban la exaltación al cielo de Jesús resucitado (el Hijo) –proclamándolo, junto con el Padre, Señor de los creyentes– y evocaban su venida a la tierra como juez. Luego, en poco tiempo, se debieron de establecer acciones litúrgicas más complicadas con celebraciones eucarísticas tal como describe Pablo en 1 Cor 10,16; 11,17-34. En ellas se conmemoraba la Última Cena del Señor, se narraban y comentaban sus palabras y se añadían exhortaciones de los maestros y profetas (los que presidían la comunidad) que aclaraban el sentido de las acciones litúrgicas, o se trataban teológicamente cuestiones candentes del momento.

En síntesis: se puede pensar con verosimilitud que la evolución teológica, que se produjo a gran velocidad en el grupo de seguidores de Jesús, se generó tanto por las necesidades de la predicación como por el culto litúrgico. Más en concreto se debió a la necesidad de explicar el «escándalo de la cruz» y de aclarar con mayor precisión qué había significado Jesús: su figura, su posición celeste tras la resurrección, la misión a él encomendada. Todo ello se concreta sobre todo en los llamados títulos cristológicos que implican un proceso de elevación de Jesús desde lo meramente humano al ámbito de lo divino. Éste fue el acontecer básico del cristianismo naciente. Puede pensarse también que en este proceso influyó poco a poco un hecho del que no hemos tenido necesidad de hablar puesto que nos hallamos en los comienzos: la parusía o venida de Jesús en poder no llegó tan rápidamente como se pensaba. Entonces las palabras del Señor debían ser reinterpretadas y actualizadas, lo que conllevó la generación de un cierto número de nuevas ideas teológicas. Además debió de influir otra situación más o menos candente: la relación entre los judeocristianos y los paganos convertidos, y la de todo este conjunto con el que podríamos denominar el judaísmo oficial.

En todo este entorno ideológico y sociológico (entre los años 30 y 50 d.C.) es donde podemos situar: "La recogida de las primeras tradiciones sobre Jesús y más tarde los inicios de la llamada «fuente Q».

La recogida de lo que más tarde formará las partes de los Evangelios que reflejan situaciones palestinas o judeonelenísticas.

Los acontecimientos más o menos explicitados que se ven reflejados en una obra posterior: la parte primera de los Hechos de los apóstoles hasta el capítulo 12, en el que comienza a dominar casi en exclusiva la figura de Pablo.

Noticias sobre esos años tomadas de algunas cartas auténticas de Pablo, sobre todo Gálatas (caps. 1 y 2) y Filipenses. Noticias tomadas del Evangelio de Juan». [Piñero: *Guía para entender el Nuevo Testamento*, p. 249 ss.]

TRES GRANDES GRUPOS TRAS LA MUERTE DE JESÚS

«Desde la muerte de Jesús en el 30 o 33 e.c.– se perfilaron tres grandes grupos entre los seguidores del Nazareno:

- los ganados para la fe en él como mesías gracias a la predicación a los circuncidados, los judíos, de lengua aramea;
- los conseguidos para esa misma fe entre los judíos de la diáspora, de lengua griega;
- y los antiguos paganos conversos a la fe en Jesús como mesías por la predicación de Pablo y su equipo. Estos últimos, al menos al principio, eran fundamentalmente «temerosos de Dios» (simpatizantes del judaísmo, pero que no llegaban a convertirse en judíos), o bien adeptos o seguidores de los cultos de misterio, gentiles angustiados por la necesidad de una salvación real, todos de lengua griega.

El grupo más antiguo y cercano al Jesús histórico, el judeocristiano de lengua aramea, fue diezmado casi hasta la extinción debido a las tres grandes revueltas del pueblo judío contra los romanos.» [Piñero, 2022: 26]

LAS COMUNIDADES DE JERUSALÉN Y DE GALILEA

«El grupo de judíos que siguió a Jesús en su muerte se concentró al parecer en dos lugares preferentes, en Galilea y en Jerusalén. Del grupo galileo apenas sabemos nada, pero sospechamos con razón que fue el que reunió el núcleo del documento de sentencias de Jesús, denominada la «Fuente Q», que es uno de los textos hipotéticos que subyace al menos a dos de los evangelios del Nuevo Testamento, Mateo y Lucas.

Un grupo quizás más numeroso de seguidores de Jesús se concentró en la capital, Jerusalén, y recogió otras tradiciones, en especial de su pasión y muerte. Ambos conjuntos de discípulos no eran más que un agregado de judíos piadosos que se diferenciaba de los demás en que creía que el ajusticiado era de verdad el Mesías, y que Dios había hecho justicia a su afrentosa muerte resucitándolo de entre los muertos. Y si ese Jesús había sido designado por Dios como señor y mesías definitivo, tendría que volver pronto a la tierra a concluir su encargo de instaurar el reino de Dios en Israel. De Hechos puede deducirse también que hacia los años 30 el movimiento ya se

había extendido a las sinagogas helenistas –de lengua griega– de Damasco y Antioquía.» [Piñero, 2022: 29 ss]

LA DIVISIÓN DE LA COMUNIDAD

«Ya desde los primeros momentos del judeocristianismo jerosolimitano, el grupo de seguidores del Crucificado era mixto: se componía de dos comunidades netamente distinguibles, pues tenían sinagogas diferentes. Una era la de los «hebreos», los autóctonos, de lengua materna aramea. El segundo el de los «helenistas», los judíos nacidos fuera, los de lengua materna griega pero asentados en la capital.

Pronto debieron de surgir problemas entre las dos comunidades dado que los «helenistas» tenían una visión distinta de lo que podía significar Jesús en realidad. Los «helenistas» comenzaban a considerar su fe en Jesús como un cierto rasgo distintivo respecto al común de los judíos circundantes. Las autoridades de Jerusalén comenzaron una persecución contra estos judeocristianos helenistas (Hch 8,1-2).

Las líneas teológicas del movimiento judeocristiano «helenista» fueron recogidas en los futuros libros sagrados. Mientras que los judeocristianos de la comunidad de Jerusalén, los «hebreos», se consolidarían como más fieles al judaísmo y a la doctrina judía de Jesús de Nazaret, pero su pensamiento acabaría siendo casi rechazado por la facción dominante y relegado a obras menores o a evangelios luego tildados de apócrifos.» [Piñero, 2022: 30 ss]

LAS COMUNIDADES HELENÍSTICAS

«Las comunidades helenísticas de judeocristianos de allende las fronteras de Israel, que albergaban esta mentalidad relativamente novedosa, se fundaron gracias a la dispersión del grupo de helenistas, expulsados a la fuerza de Jerusalén por las autoridades religiosas de la ciudad según Hch 8,1-2. Su lengua era exclusivamente el griego, y toda la tradición sobre Jesús recogida al principio en arameo fue de inmediato vertida a la lengua helénica, la común de la época en todo el Mediterráneo, sobre todo el oriental. No cabe duda de que el cambio de idioma supuso una mutación de mentalidad y de conceptos, que derivaron en alteraciones en la tradición misma sobre Jesús transmitida solamente en arameo hasta el momento.

Hay que hacer hincapié en que no sabemos con seguridad el motivo o fundamento teológico por el cual un grupito judío de recias esperanzas escatológicas se lanzó a predicar el mensaje de salvación también a los gentiles. Jesús, como mesías, muerto y resucitado por Dios, era sin duda el objeto principal de su predicación; pero ¿por qué un mesías judío podía ser fuente de salvación para gentes que nada tenían que ver étnicamente con el pueblo elegido?

La idea que pudo motivar a los helenistas a predicar la «Palabra» sobre Jesús también a los gentiles sería esta:

«El mesías ha llegado; todo el pueblo de Dios, los judíos principalmente, pero también algunos gentiles convertidos, está siendo reunido. El fin está cerca». Y si a los nuevos conversos no se les exigía cumplir totalmente la ley de Moisés, sino solo lo fundamental, se explicaría mejor el éxito de este cambio.

Al parecer, Pablo fue el heredero de esta idea. Él habría de dar forma, peso y consistencia teológica al principio de la no necesidad de la observancia completa de la ley de Moisés como vía única de salvación para los gentiles creyentes en Jesús, pero los fundamentos estaban colocados antes que él y, al parecer, no precisamente por Pedro.

La reflexión teológica se debió en los primeros momentos (y también en Pablo) a la necesidad de explicar el «escándalo de la cruz» y de aclarar con mayor precisión qué había significado la vida y figura de Jesús como mesías redentor.

Más tarde influyó sin duda el incumplimiento de las expectativas escatológicas ligadas a la «parusía», es decir, a la venida de aquel como juez desde su trono en el cielo para instaurar definitivamente el reino de Dios. Debido a este retraso, las palabras de Jesús debieron de ser reinterpretadas y actualizadas, lo que conllevó, como es de suponer, la generación de un buen número de nuevas ideas teológicas, al menos parciales.

Luego debieron de influir otros problemas del momento como la relación entre los judíos y los paganos convertidos, y el enfrentamiento a otros fenómenos importantes de la religiosidad del entorno, como la discusión o diálogo con los adeptos de las religiones de misterios, cuestiones acerca del culto al emperador como manifestación de la divinidad en la tierra, a lo que se contraponía el señorío absoluto de Jesús como Mesías, temas espirituales de unión con Dios, etcétera.» [Piñero, 2022: 31 ss]

APARICIÓN DE PABLO DE TARSO

«Hasta este momento ni siquiera el grupo primitivo judeocristiano era uniforme. Y en este panorama un tanto confuso aparece la figura clave de Pablo de Tarso. Desde luego, debió de recibir mucha doctrina del judeocristianismo helenista, pero aportó también mucho, ya que fue el primer gran teólogo que puso bases importantes para el desarrollo de un movimiento que, un par de siglos después de su muerte, sería claramente una religión distinta al judaísmo, el cristianismo.

Pablo no se convierte a religión nueva alguna, porque no existía otra cosa que el judaísmo «de siempre»; solo que él creyó que en los tiempos mesiánicos ese judaísmo debía ser vivido de otro modo, según el espíritu del Mesías. Su «llamada» fue experimentada por él como una revelación de Dios en la que este le manifestó la naturaleza de su «hijo» como agente mesiánico, y que lo había elegido a él, Pablo, para que predicara la buena nueva de Jesús a los paganos, a saber, que había llegado al mundo el Salvador no solo de los judíos, sino también de ellos.

A la noción de la restauración de Israel añadió Pablo algo importante que sus antecesores no habían puesto de relieve convenientemente: aunque había

Llegado el tiempo final, aún no se había cumplido plenamente la compleja promesa de Dios a Abrahán, el padre de Israel. Esta promesa constaba de tres partes: «Tu descendencia será numerosa como las estrellas del cielo» (Gn 15,5); «Te daré a ti y a tu posteridad la tierra en que andas como peregrino, todo el país de Canaán, en posesión perpetua» (Gn 17,5), y «He aquí mi alianza contigo: serás padre de una muchedumbre de pueblos» (Gn 17,4).

Las dos primeras partes de la Promesa se habían cumplido ya, pero no la tercera. Era, pues, necesario que al menos al final de los días tuviera lugar el que los gentiles se convirtieran al Dios de Israel, y que se hicieran hijos de Abrahán —adoptivos naturalmente, según él, porque los naturales eran los judíos, el pueblo elegido— y formaran esos «numerosos pueblos» de los que hablaba la Promesa. Pablo pasó de una escatología incondicional, a una condicional: la culminación de los tiempos habría de aguardar la conversión de los pueblos. Solo entonces llegaría la parusía.

Esta fue una de las grandes aportaciones teológicas de Pablo: el tiempo mesiánico era el tiempo de la salvación también para los paganos. Por un lado, los judíos que creyeran en Jesús como el Mesías debían bautizarse en su nombre para pasar a ser su propiedad. Ahora bien, debían seguir siendo judíos, pues el ser miembro natural de la alianza de Dios con Abrahán era irrevocable.

Por otro, los gentiles que creyeran en ese mismo Jesús se salvarían de igual manera, pero obrando en consecuencia: debían apartarse de los falsos dioses, volverse al Dios verdadero y bautizarse igualmente en el nombre de Jesús. Pero debían seguir siendo gentiles, porque si se les obligaba a circuncidarse, se convertirían en judíos y jamás sería Abrahán padre de «numerosos pueblos». La nueva familia de Dios del final de los tiempos estaría compuesta necesariamente de judíos creyentes en el Mesías, y de paganos creyentes en el mismo Mesías, unidos en esa misma fe, pero no mezclados como pueblos. Que esto era así lo dice Pablo con claridad en 1 Cor 7,19-21. El obstáculo que impedía que se desencadenara todo el proceso escatológico es que la predicación entre los gentiles no se había llevado a término.

Todas estas ideas de Pablo tendrán su reflejo, con mayor o menor claridad, en los libros del Nuevo Testamento posteriores a él, incluidos los evangelios.» [Piñero, 2022: 35 ss]